

nosotros mismos, á fin de que nos sirva de mérito. 2ª Formar sobre el modelo de la Santísima Virgen el sacrificio de nosotros mismos, á fin de que sea entero. 3ª Consumar con los transportes del santo viejo Simeon el sacrificio de nosotros mismos, á fin de que sea feliz.

II.—Sobre la sumision á la ley de Dios.

La ocupacion de este dia debe ser contemplar la sumision de Jesus y de María á la ley de Dios. Dos motivos nos obligan á ello.

Primer motivo.—Es que su sumision nos mostrará por qué es necesario ser sumiso. Considerad conmigo: 1.º quién es el que se ofreció: es nuestro gefe, el mayor de todos nuestros hermanos, á cuyo nombre, como su representante, aboga por su dependencia y sumision; primera obligacion. 2.º ¿Por qué manos fué ofrecida?—Por las manos de la Santísima Virgen. Es nuestra madre. Eva revelándose, nos dió funestas lecciones; María sometándose nos las da saludables, pues que ella dispone de Jesucristo. ¿No tiene en este dia los mismos derechos sobre nosotros?—Segunda obligacion. 3.º Por último, ¿á quién se ofreció Jesucristo? á Dios, al Soberano, á cuya presencia todo debe humillarse: ahora bien, si él ha querido ver á su hijo humillado á sí, ¿sus servidores y esclavos se atreverán á sacudir el yugo de la dependencia?—Tercera obligacion.

Segundo motivo.—Es que su sumision nos enseñará hasta qué punto debemos ser sumisos. ¿Cómo dejar de obedecer? 1.º Suceda lo que suceda, Jesus y María se someten sin réplica, confundiendo con la multitud cuando deberian hacerse distinguir; y nosotros, por dispensarnos de la ley, nos atrevemos á disputar lo que ella contiene, etc., ¿Por qué no hemos de obedecer? 2.º Aunque se diga que Jesus y María por obedecer á la ley, se esponen al desprecio de los hombres, ¿nosotros temeremos las rechiflas del mundo, cuando es necesario obedecer á Dios? 3.º En fin, ¿cómo dejar de obedecer? Por mas que cueste, por conservar la obediencia, Jesus consiente en perder la vida y María en perder á su hijo, ¿y nosotros dirémos aun que una sumision sin reserva seria demasiado brillante? esto no es posible.

Tres prácticas: 1ª Ofrecer nuestra sumision á la ley despues de la de Jesus y María.

2ª Unir nuestra sumision á la ley con la de Jesus y María.

3ª Formar nuestra sumision á la ley segun la de Jesus y María.

III.—Sobre el sacrificio de nosotros mismos.

¿Cuáles deben ser las víctimas de vuestro sacrificio? ¿Teneis valor para sacrificar á Dios vuestros cuerpos por medio de las mortificaciones, vuestros corazones por la penitencia, vuestros bienes por la limosna, vuestra libertad por la sumision á la ley, vuestro apego á los parientes si el Señor os llama, vuestra afeccion por vuestros amigos si os conducen al mal, vuestro humor si está desarreglado, vuestras inclinaciones demasiado naturales, vuestros pensamientos demasiado rápidos,

el amor propio, vuestros caprichos de fantasía, vuestra fria indiferencia para con el prójimo, sobre todo vuestra pasion dominante y mas querida? Preguntad con Isaac ¿dónde está la víctima?—está en vosotros, y dentro y fuera de vosotros. 2.º Quienes deben ser los mediadores de vuestro sacrificio. ¿Teneis cuidado de ofrecer vosotros mismos como Jesucristo á su Padre, de unir á Jesucristo ofrecido todo lo que ofrecéis á Dios? En fin, de no ofrecer á Jesucristo sino por medio de la Santísima Virgen?

¿Cuáles deben ser los caracteres de vuestro sacrificio? ¿es, á ejemplo de María, sincero y escogido, entero sin division, pronto y continuo?

Fiesta de San Matias.

I.—Sobre la fidelidad de la gracia.

Episcopatum ejus accipiat alter. Act., I, 20.

San Matias fué escogido y contado entre los apóstoles en reemplazo del traidor Judas. La caida del uno y la vocacion del otro, deben inspirarnos mucha fidelidad á la gracia. El mal del uno fué por abuso, la gloria del otro por haberla sabido aprovechar.

Tres motivos nos obligan á ser fieles á la gracia.

Primer motivo.—El pecador jamás tiene derecho á quejarse de la gracia y de su insuficiencia: *Ex te perditio tua Israel.* Os., XIII, 9. No imputeis vuestra perdicion á la insuficiencia de la gracia. 1º Vosotros las teneis: gracias comunes y generales, gracias privilegiadas y particulares: *Quoties volui*, etc., Matth., XXIII, 37. Gracias de luz, de remordimiento, de amargura, de prueba: Osad desmentir al Espíritu Santo. 2º Las teneis de sobra, gracias comunes y generales, privilegiadas y particulares: *Jubendo monet facere quod possis.* S. Aug., y estas gracias cuya debilidad acusais, son para vosotros, si sabeis aprovecharlas, una garantia segura de gracias mas poderosas; tal es el curso de la divina Providencia. Vosotros teneis tantas ó mas que otros: *Vae tibi, Corozain!* etc., Luc., X, 13. Tiro y Sidon se hubieran convertido si hubieran tenido tantas gracias como Bethsaide y Corozain. Sin embargo, vosotros sois mas favorecidos que aquellas dos ciudades; lo sois mas que Nínive y sus habitantes: *Viri Nínivite*, etc., *Ecce plus quam Jonas hic.* Luc., XI, 32. ¿Cuántos réprobos serian santos si el Señor hubiese hecho por ellos lo que ha hecho por vosotros!

Segundo motivo.—El pecador jamás tiene derecho de descansar en la gracia y su poder: *Desideria occidunt pigrum.* Prov., XXI, 25. Aguardad mientras gustéis una gracia victoriosa. 1º Esto no basta, es necesario pedirla: *si scires... tu forsitan*, etc., Joan., IV, 10; y no debéis imitar al mago aquel que á los que le exhortaban á rogar, les hacia rogar por él: *Rogo Deum... vos precamini pro me.* Act., VIII, 24. Vosotros no pedís porque temeis, como S. Agustin, el resultado de vuestra demanda. 2º Es necesario escucharlo y no buscar en la disipacion y en el tumulto de los placeres y negocios, el modo de escapar de sus persecuciones: *Vade, tempore oportuno accersam te.* Act., XXIV, 26.

Solo en el desierto Dios conmueve los cedros; en el desvío desplega su brazo victorioso: *Vox Domini concutientis desertum*. Ps., XXVIII.— 3º Es preciso cooperar á ello y no creer que sin combates ni violencias os arrancará Dios del pecado, no pensando mas que en él. *Qui creavit te sine te, non justificat te sine te*. S. Aug., No hay corazon duro que una fuerte gracia no pueda ablandar, como tampoco hay una gracia fuerte que un corazon duro no pueda debilitar.

Tercer motivo.—El pecador jamás tiene derecho de responderse de la gracia y su asistencia: *Spiritus Dei ubi vult spirat*, Joan., III, 8. El justo, en virtud de las promesas del Salvador, puede contar con la asistencia de la gracia; pero 1.º jamás el que se espone: *Qui amat periculum*, etc., Eccles., III, 27; merece bien ser castigado por su temeridad. ¿Por qué tentar al Señor? El Señor le ha declarado que lo abandonaria á su debilidad. 2.º—Jamás el que difiere: *Vae qui spernis!* etc., *Cum fatigatus desieris contemnere, contemneris*. Isaia, XXXIII, 1. No es muy conveniente que despreciando el pecador, sea despreciado á su vez? Y ya que se hizo el sordo, ¿no puede Dios hacer lo mismo á su turno?

3º Jamás el que resiste: *Tempore accepto exaudivi te*, etc., II Cor. VI, 2. Hay momentos de gracia que pueden escaparse; hay una medida de gracia que puede llenarse: *Super tribus sceleribus damasci, et super quatuor non convertam*. Amos, 1, 3. Hay una cadena de gracias que puede faltar ó romperse. Vosotros resistís á la gracia, por ligera ó débil que os parezca, ¿sabéis por ventura si es el momento crítico, el último resorte, el nudo necesario de vuestra predestinacion?

Tres prácticas. 1ª. Pedir ardentemente el don de la gracia. 2ª. Escuchar con la mayor atencion el don de la gracia. 3ª. Seguir fielmente los movimientos de la gracia.

II.—Sobre el abuso de la gracia.

Si hay tan gran número de pecadores que abusan de la gracia, en unos:

Es resistencia formal. No conocen al Señor ni su voz; tanto si se les promete como si se les amenaza, rechazan absolutamente sus inspiraciones. Si tal es vuestro estado ¿de dónde dimana?—de alguna pasion violenta que se hizo dueña de vuestro corazon; de un hábito inveterado hácia el mal; de una conciencia perdida y desesperada.

En los otros una distraccion estudiada. ¿La gracia se hizo sentir?—Entonces se desahogan esteriormente y entregan sus pensamientos á las aves del cielo, que inutilizan la preciosa semilla que se les habia confiado. ¿Reconoceis en esta pintura el fruto de vuestra disipacion? ¿Cuántos tesoros preciosos se perdieron en este escollo!

En estos es una pretendida debilidad. Si les escuchais, dicen que la gracia no ha obrado bastante en ellos; seria menester que la consiguiesen sin ninguna violencia por su parte; esperan algun atractivo victorioso que, sin que les cueste, en un instante les convierta en otros hombres. ¡Ridícula pretension! ¿Por ventura no es la vuestra? Haced lo que podeis y pedís lo que no podeis.

En aquellos el pretexto de sus negocios. No les faltan razones. Semejantes á los convidados del Evangelio, no les faltan excusas por de-

jar de acudir á la invitacion del padre de familia. Tienen obligaciones indispensables; ¿cuáles son las vuestras? ¿Teneis obligaciones preferibles á las de seguir la voz de Dios?

En algunos, es la afectada lentitud. Están resueltos á obedecer á la gracia; pero ¿dónde está la gratitud que seria de desear? *Modo et modo*, dicen con san Agustin, *et illud modo non habebat modum*. ¿Qué pereza! ¿Por qué tanta dilacion? ¿La vuestra es menos larga, cuando es necesario obedecer á la gracia? *Nescit tarda molimina, Spiritus Sancti gratia?*

En los últimos, por fin, es fidelidad á medias. No obedecen mas que á medias, acordando á la gracia una parte de lo que ella pide, á fin de conciliar del mejor modo que pueden el servicio de Dios con el del mundo. Esto es contristar y despreciar la gracia del Espíritu Santo. ¿Teneis este reproche que hacerlos? *Nolite contristari Spiritum Sanctum*: Ephes., IV, 30.

Fiesta de la Anunciacion.

I.—Sobre la encarnacion del hijo de Dios.

En el dia de la Anunciacion, el hijo de Dios tomó en el seno de María, por obra del Espíritu Santo, un cuerpo y una alma semejantes á los nuestros. La eternidad no será suficiente para concebir toda la grandezza de este adorable misterio.

Tres motivos nos obligan á reflexionar continuamente sobre la grandezza de la encarnacion.

Primer motivo.—Dios no pudo descender mas bajo de lo que lo hizo en la encarnacion: *Exinanivit semetipsum*. Philip., II. El hijo de Dios se humilló—1º—hasta revestirse de nuestra naturaleza. ¿Qué caos inmenso entre el Criador y la criatura! ¿entre el Ser Supremo y el humilde! entre Dios y el hombre: *formam servi accipiens*. La distancia infinita. 2º—Hasta revestirse de nuestras miserias; si exceptuais la ignorancia y el pecado, no hay debilidades, indigencias, necesidades, enfermedades, persecuciones, dolores y tormentos, á los cuales el hijo de Dios no estuviera sujeto: *Tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato*. Heb., IV, 15. Hasta encargarse de nuestros pecados. El enemigo irreconciliable del pecado, quiso enteramente parecerse al pecador; pasar por pecador, ser tratado como pecador y morir como pecador: *Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit*. II Cor., V, 21. ¡O abismo de humillacion, capaz de curar nuestro orgullo!

Segundo motivo. María no podia elevarse mas de lo que se elevó en el misterio de la Encarnacion: *Ecce concipies et paries filium*, etc., Luc., I, 3. ¿María ascendió y hasta donde? 1º Hasta la cualidad de esposa de Dios que la asoció á su inmortal fecundidad para hacerla engendrar en el tiempo, el mismo hijo que él engendró en la eternidad. 2º Hasta la cualidad de Madre de Dios que le quiso deber la luz, y conceder á su augusta persona todos los derechos y privilegios de madre.

3º Hasta la cualidad de templo de Dios, templo querido, adornado de todos los dones, la digna morada de la Divinidad que vino á habitarlo corporalmente. ¡O prodigio de elevacion capaz de atraer nuestros homenajes!

Tercer motivo. El hombre no puede encontrar mas felicidad que en el misterio de la encarnacion: *Sic Deus dilexit mundum*. Joan, III, 16. Nuestra felicidad hasta dónde llega? 1º Hasta encontrar en Dios un padre: qué cambió tan repentino! *Eramus naturá filii iræ*, Ephes. 2º Hijos de la cólera por naturaleza somos hijos de Dios por adopcion: *Vide te qualem charitatem etc, ut filii Dei nominemur et simus*, I Joan., III, 1. Hasta encontrar en Jesucristo un Salvador: *Expectatio Israël et salvator ejus*, Joan., XIV. De aquí en adelante tenemos una víctima, un libertador que viene á satisfacer y á pagar nuestras deudas. 3º Hasta encontrar en María una madre. Nos hubieramos perdido si una segunda muger no hubiese llamado á la vida á los que la primera habia sumergido en el seno de la muerte: *Mater cunctorum viventium* Gen., III, 20. Es un hecho, la madre de Jesus es la madre de todos los vivientes: por ellos concibió y llevó en sus entrañas el fruto de salud. ¡O inmensa felicidad capaz de ganar nuestros corazones y nuestro eterno reconocimiento! Tres prácticas. 1º Adorar é imitar á Jesucristo humillado en la encarnacion. 2º Honrar é invocar á María elevada en la encarnacion. 3º Desear y merecer la felicidad ofrecida en la encarnacion.

II. Sobre la encarnacion de Jesucristo en el seno de la Virgen María.

Para corresponder á este gran misterio, debemos atestiguar á Jesus y á María toda la ternura de nuestro reconocimiento.

Por dos motivos. Primero. Porque Jesucristo consagra á nuestra salud todos los méritos de su humillacion.

Todo en Jesucristo empieza por ser de nosotros. 1º Si el se humilló hasta la calidad de hijo del hombre, que se dignó aceptar, fué para elevarnos á la cualidad de hijo de Dios que nos comunicó. 2º Si se humilló hasta nuestras miserias y debilidades, que consintió en probar, fué para elevarnos hasta su gloria y su inmortalidad, que nos ofrece. 3º Si se humilló hasta nuestros pecados que quiso expiar, fué para elevarnos hasta sus virtudes y santidad que nos inspira. ¡Cuánta bondad! cómo hemos de poder ser insensibles?

Segundo motivo. En María todo está destinado para nosotros. Si ella fué elevada fué, 1º por salvarnos con su hijo. Siendo madre del Salvador coopera á la salvacion del mundo; Dios no quiere consumir esta grande obra mas que en ella, con ella, y por ella.

2º fué para rescatarnos á espensas de su hijo. Ella recibió del cielo este digno presente para hacer un dia este generoso sacrificio; fué á su hijo único á quien consintió en inmolar por la salud de sus desgraciados hermanos. 3º en fin, para protegernos despues de su hijo. Necesitamos una abogada cerca del mediador. Ahora bien, qué podrá reusar semejante hijo á una Madre semejante? Donde está nuestro corazon si no se sienta penetrar de amor y reconocimiento?

Tres prácticas. 1ª Adorar la humillacion de Jesucristo en la Encarnacion. 2ª Honrar la grandeza de María en la Encarnacion. 3ª Reconocer la bondad de Jesus y de María en la Encarnacion.

III.— Sobre el misterio de la Encarnacion.

Misterio de fe. Lo conoceis, lo creeis? Os ocupais de él? Le honrais recitando con devocion el *Angelus* en las horas señaladas?

Misterio de reparacion: cooperais vosotros á ello? El Salvador vino á devolver la gloria á Dios, y á los hombres la felicidad que el pecado les quitó. Pecando nuevamente, no destruis estas dos obras? Misterio de amor: correspondéis á él? Qué haceis por aquel que tanto hizo por vosotros? Cuándo nada acepta por entregarse á vosotros, os entregais vosotros mismos á él sin escepcion, sin reserva? Dó están las señales de reconocimiento desde que estais en el mundo.?

Misterio de imitacion: lo estudiáis? El celo inalterable de María por su pureza virginal, sus temores al acercársele un ángel, su confusion cuando la colmó de alabanzas, y la humildad incomprensible del hijo y de la madre, son por ventura los modelos sobre los cuales tratais de reformaros.?

Misterio de elevacion: Os conformais á él? María fué elevada; vuestros homenajes y vuestra confianza, corresponden á sus títulos y privilegios? El hombre es elevado: vuestras costumbres y vuestra conducta corresponden á la santidad y grandeza de vuestra nueva condicion? Misterio, en fin, de consagracion: pensais en él? Y seriais bastante malvados para entregar á la impureza una carne de la cual Dios quiso revestirse? Os atreveriais á manchar unos miembros adoptados por Jesucristo y que mira como propios? *Absit.*

Fiesta de S. Jaime y S. Felipe.

I.— Sobre la devocion.

Debemos honrar á Dios en sus santos, celebrando sus fiestas con devocion. Debemos temer en materia de devocion no, rendirles todos los homenajes que le son debidos.

Por tres motivos debemos hacerlo.

Primer motivo. Nada mas injusto que acusar la devocion con el pretexto de que hay muchos devotos hipócritas: *Inexcusabilis es, ó homo omnis qui judicas*, Rom., II, 1. Acusacion de hipocresia contra la devocion. 1º Acusacion mal fundada: por qué? porque toma por convicciones las simples sospechas: porque las cualidades laudables en otra persona, son faltas chocantes en un devoto; si vela por sus intereses es avaricia, etc, si los abandona es imbecilidad, etc.; y ademas porqué? porque hace reflejar las faltas de uno solo sobre todo los devotos, y las faltas de los devotos sobre la devocion. 2ª Acusacion mal aplicada: como

es que hombres sin piedad ni virtud, se erigen en censores de la virtud disfrazada, en vengadores de la verdadera y sincera piedad? Ellos ignoran lo que es vivir bien y quieren decidir del bien vivir de los otros? 3º En fin, acusacion mal empleada, Cuál es su objeto? escusar sus vicios, dispensarse de ser devotos exagerando los vicios de los devotos como si quejarse de la falsa devocion, no fuese suponer otra verdadera?

Segundo motivo. Nada hay mas odioso que finjir la devocion por temor de pasar por devotos hipócritas: *Væ vobis, scribæ et pharisæi hypocrita.* etc., XXIII.

Yo llamo devocion finjida, 1º á toda devocion brusca é hinchada que se autoriza por sí misma para despreciar al prójimo *Charitas patiens est,* etc., Cor., XIII.; como si, alargando sus ejercicios de piedad, hubiese adquirido el derecho de alimentar resentimientos, punzar, ridiculizar, y tratar con dureza á todos los que encuentra, *Pharisæus stans, hæc apud se orabat: Deus gratias ago tibi, quia non sum sicut cæteri hominum... velut etiam hic publicanus,* etc., Luc., XVIII, 11. Llamo devocion finjida ó contrahecha, 2º á toda devocion mercenaria é interesada: Este quiere procurarse protectores de sus caridades, etc., *Charitas non querit quæ sua sunt.* I. Cor., XIII, 5. Aquel, menos ávido de plata que de aplausos, hace públicamente largas plegarias y abundantes limosnas: el otro, en fin, concretándose á sí mismo, quiere poder congratularse interiormente de su soledad y de sus austeridades. 3º Yo llamo devocion finjida á toda devocion inconstante y á medias: olvidar los deberes principales por abrazar los de la perfeccion, cumplir con el rigor de la ley sin hacer prácticas de fervor, no ser fiel sino cuando se siente consolado, cuando se ve aprobado, cuando se cree distinguido, y otras tantas devociones farisáicas odiosas ante Dios y ante los hombres.

Tercer motivo. Nada hay mas irracional que abandonar la devocion por miedo de ser tratados de devotos hipócritas. *Trepidaverunt timore ubi non erat timor,* Ps. XIII, 5. Abandonar la devocion porque la desacreditan, es 1º no discurrir prudentemente; lo que teméis abrazando el partido de la devocion es comparable á lo que debéis temer abandonándola? La crítica del mundo contra la devocion no la vuelve ni menos útil ni menos necesaria. 2º No es discurrir cristianamente. Puesto que se ha desacreditado la doctrina y los milagros del maestro, es un honor para los discípulos, el que se rian de sus virtudes. Por qué mortificarse de una cosa que forma toda su gloria? 3º En fin, no es discurrir consecuentemente. ¡Qué! por qué se critica la falsa virtud habéis de abandonar el partido de la verdadera? ¡Entre la indevocion y la falsa devocion no conoceis un medio? ¡Las ovejas se despojan de su piel porque los lobos se sirven de ella para disfrazarse? No sin duda: S. Agust.

Tres prácticas. 1ª Respetar en todo la devocion sin escuchar á los que la desacreditan.

2ª Buscar en todo la solidez de la devocion para confundir á los que la desacreditan.

3ª Abrazar antes que todo el partido de la devocion, sin temer á los que la desacreditan.

...

II.—Sobre el mismo asunto.

¿Nada teneis que echaros en cara respecto á la devocion? ¿Qué pensais de la devocion? ¿Cómo mirais y tratais vosotros cuando se presenta ocasion, á los devotos y devotas? ¿No teneis ordinariamente la costumbre de despreciarlos, de juzgarlos y desacreditarlos? ¿Toda vuestra aprension no es la de temer que os tengan por devoto ó devota, como si este no fuese el mas deseable de todos los títulos?

¿Cómo juzgais la devocion? ¿No es á vuestros ojos un género de vida feroz, enemiga de toda sociedad y toda diversion honesta, en la que debe sufrirse mucho? Como si no tuvieseis á la vista muchas personas piadosas con la cara alegre y serena, maneras amables, y que por su delicadeza hacen amar la devocion que ellas profesan.

¿Cuáles son vuestras prácticas de devocion? ¿Si temeis las faltas de algunos devotos, sois afectos, á lo menos, á lo que ellos tienen de bueno, el retiro, la lectura de los buenos libros, el amor de la divina palabra, la frecuencia de los sacramentos? ¿Qué estimais de la devocion? ¿teneis en vuestro corazon los sentimientos interiores, las santas disposiciones, mientras afectais exteriormente sus hábitos y maneras? Si el interior no corresponde al exterior, entonces la devocion se convierte en hipocresia.

¿Porqué os entregais á la devocion? ¿Cuáles son vuestras miras? ¿Son por ventura interesadas? ¿No buscáis ni bienes temporales, ni la estimacion de los hombres, ni la propia satisfaccion?

Finalmente, ¿cómo practicais la devocion? ¿Arreglais vuestros ejercicios segun la prudencia, la discrecion y la obediencia? Los deberes de vuestro estado nada sufren de nuestra pretendida piedad? Haced amar la devocion no incomodando á persona alguna con vuestro mal humor y poca exactitud? *Omnia autem honestè et secundùm ordinem fiant.* I. Cor., XIV, 40.

Fiesta de la Ascension.

I.—Sobre la ascension de nuestro Señor Jesucristo.

El misterio de este dia interesa mucho á los hombres para los cuales se obró: no basta admirar con los apóstoles la gloriosa elevacion del Señor: *Viri Galilæi,* etc, conviene seguir con el alma y el corazon á Jesucristo subiendo al cielo.

Primer motivo. No se puede esperar gloria mayor que la de la ascension del Señor: *Quæ sursum sunt querite, ubi Christus in dexterâ Dei sedens,* Col., III, 1. La entrada gloriosa de Jesucristo en el paraíso, fué 1º una recompensa cuyo autor es Dios; sobrepasa, pues, todos los efectos de la pura liberalidad de Dios para con los hombres, ó de la comunicacion de Dios aun sobre sus elegidos en la tierra, ó del abandono de Dios á los felices mundanos. Son muchas las conjeturas de las

recompensas del cielo, dice san Agustin *Quis dabit eis quos ad vitam, si hæc eis quos ad mortem? Si tantus in donis quantus in præmis*, S. Eucher. 2º Es una recompensa en la que el hijo de Dios se contenta por mucha felicidad que le sea debida, ¿por mucho mérito que haya adquirido, por mucho poder que haya tenido en su mano? Otras conjeturas: *Si tanta facis in carcere quid ages in palatio?* S. Aug. En fin, es una recompensa con la cual Dios da la felicidad. La posesion de Dios encierra plenitud de bienes, tranquilidad de bienes, eternidad de bienes, sin temor y sin fin. *Deus omnia, in omnibus, et semper*, S. Aug.

2º Motivo. No hay otro camino que seguir que el de Jesucristo subiendo al cielo: *Ascendit pandens iter ante eos*, Miche., II, 13. El camino está trazado. 1º Camino de santidad y de inocencia. *Qui ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde qui non accepit in vano animam suam, nec juravit in dolo proximo suo*, Ps. XXIII, 3, 4. El rey de gloria es el rey de las virtudes. El es santo, y es preciso ser santo para seguir su camino. Nuestra debilidad no sube hasta nuestro médico. 2º Camino de exactitud y fidelidad. *Euge serve bone et fidelis etc.* No hay un punto de la ley que Jesucristo no haya cumplido; es nuestro modelo y no seremos recompensados sino despues que hayamos sido y nos mantengamos fieles como él, *unicuique secundum meritum operum suorum*, Ecclesi., XVI, 15. 3º Por último, camino de penas y sufrimientos: *Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?* Luc. XXIV, 26. Fué necesario que Jesucristo sufriese para entrar en su reino: si él lo hizo por nosotros, podemos murmurarle? *Dic ut sedeant hi duo filii mihi, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo; respondens, etc.*, Matth., XX, 21, seq. De aquí viene que los santos estén contentos cuando son maltratados y perseguidos; *per multas tribulationes oportet nos intrare regnum Dei*, Act., XVI, 21. De aquí sus temores cuando se ven honrados y respetados.

3º Motivo. No hay que cumplir otros deseos que los de Jesucristo subiendo al cielo: *Præcursor pro nobis introivit Jesus*. Heb., VI, 20. ¿Por qué Jesucristo subió al cielo? Fué—1º—para residir allí como nuestro gefe: es necesario, pues, quedarle unidos como miembros animados de su espíritu y viviendo por su vida:—2º—fué para interceder como nuestro mediador: *Ut appareat vultui Dei pro nobis*. Heb., IX, 24. Debemos, pues, confiar en él, en su poder, en su asiduidad, en la fidelidad de su intercesion en nuestro favor cerca de su Padre: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. Heb., VII, 25. 3º—y último para bajar como nuestro juez: *Sic veniet quemadmodum vidistis cum euntem in cælum*. Act., I, 11. Debemos, pues, aguardar su venida: él bajará como subió; resplandeciente, arrastrando en su carro triunfal, no algunos cautivos sino todos los pueblos de la tierra; tan enemigo del pecado, como resuelto á aplastar á los pecadores en su última venganza; tan bueno y liberal para con sus verdaderos discípulos, con el fin de confirmar y renovar para siempre la bendiccion que les dió en este día.

Tres prácticas. 1ª Desear continuamente la felicidad que nos prometió Jesucristo en su ascension.

2ª Practicar sin cesar las virtudes que coronaron á Jesucristo, en su ascension.

3ª Cumplir sin cesar los deseos que Jesucristo nos anuncia en su ascension.

II.—Sobre la fiesta de la Ascension.

Para glorificar como cristianos la ascension del Señor, debeis bendecir su triunfo. Decís vosotros que amais al Señor vuestro Salvador:—¿le habeis felicitado por sus victorias? ¿os habeis alegrado con él de que sus humillaciones fuesen coronadas de gloria? Debeis 1º contemplar su gloria. ¿Habeis dirigido vuestros ojos al cielo, para considerar la entrada triunfante en él de Jesucristo? ¿Qué! ¿nada os interesa? ¿Habeis comprendido lo que es, con respecto á vosotros, la ascension del Salvador? Debeis desear su posesion. La tierra y sus bienes os tienen tan ligados, que no dejen llegar vuestros deseos hasta Jesucristo? ¿Qué podeis ser sin él sino eternamente desgraciados? ¿Su gloria ningun atractivo tiene para vosotros? Debeis—2º—solicitar sus dones. ¿Lo habeis hecho? ¿Le habeis suplicado que no os deje en la orfandad, que os envíe su santo Espíritu, que no permita que os separeis de él?

Debeis—3º—seguir sus huellas. ¿Esperais participar de su gloria, si no participais de su virtud? ¿Vivireis en adelante como él, á fin de morir, resucitar y subir al cielo como él?

Debeis, en fin—4º—esperar ó aguardar su venida: está pronto á llegar por vosotros, ¿estais dispuestos á recibirle? ¿Con qué seguridad compareceriais á los pies de su tribunal? ¿Qué os dice vuestra conciencia? *Quis ascendet in montem Domini, aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus, etc.*, Ps., XXIII, 3, 4.

Fiesta de San Juan Bautista.

I.—Sobre el desprecio del mundo.

Debemos admirar é imitar, en San Juan, el desprecio que hizo del mundo desde su mas tierna infancia. El mundo herido por los anatemas de Jesucristo, no es otra cosa mas que una asamblea de pecadores guiados por el espíritu del demonio. A ejemplo de S. Juan Bautista, tres motivos nos llevan á despreciar el mundo.

Primer motivo.—El mundo nada tiene digno que nos deba ocupar. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*. Eccles., 1, 2. Todo es vanidad en este mundo. 1º Porque nada en él hay esencial: poco importa brillar ó dejar de brillar en él, porque solamente hay una cosa necesaria de la cual depende la felicidad del hombre.

2º En este mundo nada hay cierto ni seguro. Despues de muchas penas y cuidados, un hombre del mundo á menudo se ve tan adelantado como el primer día; ha trabajado mucho y no ha recojido nada.

3º En el mundo no hay nada durable: *Filii hominum ut quid diligitis vanitatem?* etc., Ps., IV, 3. Si acumulais todas las ventajas posi-